

EL CLAUSTRO

*Contra el silencio y el bullicio invento la
palabra.*

Octavio Paz

¿ Quien, en algún momento de su vida, no ha sentido deseos de encontrarse en soledad, lejos del ruido de un mundo mecánico y estridente que hiere los oídos, excita los nervios e impide que el pensamiento nazca espontáneo y sosegado? ¿ Quien no ha soñado con un lugar apartado, sin otra compañía que las flores de un breve jardín, una fuente que, discreta, deja correr el agua suavemente, sin apenas rumor, como poniendo leve nota musical al silencio, sin romperlo? ¿ Quien, empachado por tanta verborrea y aturcido por el alud de palabras huecas con que le castigan y aturden radios, televisiones y demás medios de comunicación e intoxicación, con tenacidad y pesadez agobiantes, no ansía oír sólo el alegre pío de algunos pájaros que descienden para beber? ¿ Quien, en un marco tan sugestivo, olvidando problemas cotidianos, no gustaría de reflexionar sobre sí mismo, sobre el mundo en derredor, sobre las interrogaciones que plantea la vida como hecho extraño y tal vez único en el universo, pese a su vastedad?

En los ya lejanos años de la juventud, durante bastante tiempo, tuve la inolvidable experiencia de gozar la serenidad de ese rincón ideal: el claustro del convento franciscano. Por mi condición de secretario de una asociación allí ubicada y, en especial, por amistad con el superior, con el que coincidía en aficiones poéticas y literarias, pude visitar, con más frecuencia de la autorizada, la biblioteca. Y en las tardes silenciosas, hojeando viejos libros, con olor a humedad y polvo de lentos años, investigando entre estanterías cargadas de legajos y gruesos volúmenes o paseando por el claustro, en emocionado diálogo con San Juan de la Cruz e inmerso en aquella increíble "soledad sonora", el alma parecía querer escapar de su envoltura y volar por

"los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas.
los ríos sonoros..."

en busca de una paz y felicidad imposibles en el mundo cotidiano.

En otras ocasiones era alguno de los dos Luises, Granada o León, (tan admirados y divulgados por Azorín), los que prendían el ánimo, y el primero con su elocuencia inigualada lo arrastraba, como experto "guía de pecadores", por ignorados senderos de perfección, y el segundo le hacía apetecer, con fuerza creciente, la "descansada vida" de los "pocos sabios que en el mundo han sido". Y todo ello en el escenario espléndido formado por el patio, que parecía haber monopolizado el estallido casi sensual de la recién nacida primavera, el claustro, con sus arcos de piedra centenaria y arriba el inimitable cielo azul abribeño de la tierra andaluza. De vez en cuando, intermitentes, llegaban el rumor de rezos procedentes del coro o el eco apagado del viejo órgano, en el que alguien ensayaba una fuga de Bach.

Muchas veces cogía el bolígrafo y emborrataba algunos folios, con la absurda e imposible pretensión de imitar, con la experiencia propia, el verbo increíble de aquellos maestros. Al no conseguir ni una aproximación, tenía que conformarme con algunas reflexiones o meditaciones inspiradas en el mágico momento, mal hilvanadas y excesivamente retóricas; lo que no podía es eludir el impulso irresistible de expresar aquellas vivencias; porque, después de

todo, tanto el silencio como el bullicio, incitan y obligan a utilizar el misterioso valor creador de la palabra - no otra cosa significa la frase de Octavio Paz- para inventarnos, descubrirnos o encontrarnos, es lo mismo. Y, cuando la serenidad de ánimo lo permite, para emprender la prometéica tarea, agotadora y angustiosa, de hallar una explicación válida de este mundo, que nos haga comprenderlo y, si es posible, justifique de forma convincente el papel real que nosotros, seres débiles y fugaces, jugamos en el concierto gigantesco de un universo inconcebiblemente inmenso y en continua mutación.